



La nota que corresponde al presente capítulo fue escrita hace poco más cinco años. En estos se han multiplicado los desastres naturales de todo tipo, con sus crecientes cuotas de muerte y destrucción. También en este lapso se ha instalado firmemente el tema del cambio climático en la agenda política internacional, como lo demuestran las magnas reuniones sobre cambio climático de Copenhague y Cancún, con resultados que aun los muy optimistas tienen que calificar como modestos e insuficientes. ¿Qué está pasando? ¿Podemos hacer algo?

Hace unos meses la preocupación de todos era la falta de agua y sus consecuencias en la vida cotidiana, la agricultura y otras actividades económicas. La llegada de las lluvias nos dio un alivio y empezamos a olvidar los apuros que habíamos pasado, pero de repente fue demasiado: llovía sin parar, los techos de las casas empezaban a filtrar el agua, el pavimento de las calles se reblanecía hasta volverse intransitable, los ríos crecían y se salían de su cauce, los caminos y puentes eran barridos por la corriente, los cerros se desgajaban, poblaciones enteras desaparecían bajo las aguas... La gente se pregunta por qué si cae tanta agua –tanta que llega a traer destrucción y muerte–, en la época de sequía a veces no tenemos ni para beber. ¿Cómo explicar esta aparente contradicción?

Sabemos que el agua es vida, pero demasiada o muy poca son amenazas para la sobrevivencia. Es cierto que siempre ha habido sequías e inundaciones, pero en la actualidad se han vuelto más intensas y frecuentes, y sus efectos más destructivos. Estos estados extremos tienen que ver con el cambio climático, relacionado a su vez con la contaminación de la atmósfera por la utilización de combustibles fósiles.

El cambio climático, también llamado crisis climática, se expresa en forma de inundaciones, ciclones, oleadas de calor y sequías. La inestabilidad en el clima nació con la industrialización, pero se aceleró en los últimos años. En 1850, el bióxido de carbono global en la atmósfera era de alrededor de 280 partes por millón, pero para mediados de los noventa había aumentado a 360 partes por millón, aproximadamente.

El agravamiento en la contaminación atmosférica se debe principalmente a las regiones más ricas del mundo. Desde 1950, 11 países han arrojado 530 mil 300 millones de toneladas de bióxido de carbono. Estados Unidos ocupa el primer lugar, con 186 mil 100 millones, pero des-

Marino, 2007

“...con un aumento de cuatro y medio grados de temperatura estaremos en una biósfera de *terra incognita*, un mundo que realmente no podríamos reconocer, en términos de los impactos ecológicos”. Martin Weitzman.

afortunadamente México está incluido en esa lista, en el décimo sitio, con siete mil 800 millones.

A medida que aumenta el nivel de bióxido de carbono, las moléculas de este gas atrapan más calor y la temperatura global aumenta. Junto con otros gases de invernadero, como el metano y el nitrógeno, la repercusión del bióxido de carbono promete causar una catástrofe. La concentración de metano también ha aumentado, de 0.7 partes por millón hace 400 años a 1.7 partes por millón en 1988. Un dato interesante es que 10 por ciento del alimento para animales utilizado en las granjas de producción pecuaria llega a la atmósfera en forma de metano. Este gas es el que produce el mal olor que se percibe en la proximidad de estas instalaciones.

Desde que en mayo de 1988 se creó el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (PICC), que actualmente reúne a dos mil 500 científicos, ha ido en aumento la preocupación por la inestabilidad climática. En un informe de 1994 el panel advirtió que las emisiones producto de la combustión de carbón y petróleo estaban atrapaando más calor del sol de lo normal, y que como consecuencia habría muchos cambios graves, “incluso el incremento en algunas regiones de la incidencia de temperaturas extremadamente elevadas, siniestros, inundaciones y sequías”.

En 2002 el PICC estimó que las temperaturas de la Tierra están aumentando y hacia finales de este siglo se habrán incrementado hasta 5.8 grados centígrados, casi el doble del aumento que el propio panel había pronosticado en 1995. Los resultados de este incremento serían pérdida de cosechas, falta de agua, enfermedades, inundaciones, deslizamientos de tierra y ciclones... Todo esto hemos empezado a padecerlo, sobre todo las comunidades costeras, campesinos e isleños, que son quienes menos han tenido que ver con la inestabilidad del clima.

Para estabilizar la atmósfera, varios países han demandado al mundo industrializado reducir las emisiones de bióxido de carbono de 10 a 20%, aunque los holandeses piden disminuirlas en un 60 a 70%. Es de todos sabido que Estados Unidos se ha opuesto al Protocolo de Kyoto para reducir los gases invernadero, y al tomar posesión en 2001 Bush decidió abandonar el acuerdo y dar marcha atrás a la promesa de reducir las emisiones de bióxido de carbono de las plantas de energía de su país, con el argumento de que “la idea de poner límites al bióxido de carbono no sigue una lógica económica”. No obstante, aunque el acuerdo se cumpliera en su totalidad, no sería suficiente para revertir la tendencia actual.

Estados Unidos produce 25% de los gases invernadero de todo el mundo, más que cualquier otro país, y ya ha anunciado oficialmente que no hará reducciones, no obstante que también está expuesto a los efectos catastróficos del calentamiento global, como sucedió con el impacto del huracán Katrina en Luisiana, Mississippi, Alabama y Florida. La Agencia de Protección Ambiental estadounidense estima que un aumento de 61 cm. en el nivel de mar—causado por el aumento de la temperatura del océano y por el deshielo de los polos— podría destruir entre 17 y 43% de los pantanos de ese país. Al mismo tiempo, el Oeste medio está amenazado por las sequías.

INUNDACIONES Y HURACANES

Una vez desarrollado completamente, un huracán o ciclón es un extenso remolino de violencia extraordinaria que se desplaza entre 300 y 500 kilómetros diarios sobre la superficie del mar. Cuando se acerca a la costa, el nivel del mar au-

menta súbitamente e inunda las zonas adyacentes, pero además puede producir una marejada ciclónica, la cual tiene la capacidad de devastar un área importante en cuestión de minutos.

Hay distintas posturas al respecto, pero un número creciente de estudiosos y científicos piensa que los terribles ciclones de los últimos tiempos no son simples desastres naturales, sino crisis ecológicas fabricadas por el hombre; un efecto conjunto del cambio climático, la deforestación, la contaminación y las grandes obras hidráulicas.

Una de las condiciones necesarias para la formación de ciclones tropicales es una temperatura de la superficie del mar de 26 a 27 grados centígrados, y los gases invernadero incrementan la temperatura e intensifican las precipitaciones en áreas tropicales, por lo que se espera que el calentamiento global siga aumentando la frecuencia e intensidad de los huracanes.

Huracanes cada vez más fuertes están causando ya daños tremendos, especialmente a las comunidades más desprotegidas, no sólo por su impacto directo, sino por las lluvias que provocan y que han originado inundaciones dramáticas en todo el mundo. Los acontecimientos recientes en Chiapas, Veracruz, Oaxaca y Guerrero demuestran que los efectos del cambio climático nos alcanzan a todos. Además, la práctica frecuente de permitir que se asienten poblaciones en lo que fueron cauces de ríos contribuye a agravar las repercusiones de estos meteoros.

Un factor que ha incrementado los efectos nocivos de los huracanes es la destrucción de los manglares. Además de su gran importancia ecológica, los manglares forman una barrera contra el viento y absorben la energía de los oleajes y mareas, con lo cual protegen la tierra detrás de ellos. Hay coincidencia en que los daños provocados por el tsunami que asoló Asia en diciembre pasado y los más recientes por el huracán

Katrina, hubieran podido ser significativamente menores si no se hubieran eliminado los manglares para construir en los terrenos que ocupaban.

LAS SEQUÍAS Y LAS OLEADAS DE CALOR

El cambio climático no sólo se relaciona con calamidades como inundaciones, huracanes, ventiscas, nevadas, granizadas, etc., las cuales han ocurrido por cientos en los últimos siete años y causado miles de muertes y daños materiales terribles, sino que está agravando también las sequías y las oleadas de calor.

Durante el último siglo la Tierra se ha calentado entre 0.4 y 0.8 grados centígrados. Los 12 años más calientes en los últimos 100 años han ocurrido de 1983 a la fecha, y los tres años con temperatura más alta se presentaron en los noventa.

En 1995 la ciudad de Cádiz, al sur de España –una región que alguna vez recibió la mayor cantidad de lluvia en el país–, padeció sequía por quinto año consecutivo. También en 1995, en el norte de la India las temperaturas de 45 grados centígrados mataron a 300 personas. En Chicago una oleada de calor provocó la muerte de 500. Gran Bretaña tuvo su verano más caluroso desde 1659 y la estación más seca desde 1721. El noreste de Brasil padeció la peor sequía del siglo y la precipitación pluvial disminuyó 60%.

Otra consecuencia desastrosa de las oleadas de calor son los incendios. En junio de 1995 los incendios que destruyeron los bosques en Canadá se extendían unas 97 mil hectáreas diariamente. Ese mismo año el fuego acabó con 283 mil 500 hectáreas en Mongolia.

En 1996 se vivió la peor sequía del siglo en Estados Unidos, la cual provocó la pérdi-

da de miles de hectáreas de trigo en Kansas y Oklahoma e hizo que las reservas de este grano alcanzaran su nivel más bajo en 50 años. En India sequías consecutivas también provocaron escasez de comida y agua.

En 1997 las temperaturas de Río de Janeiro en invierno aumentaron a 42 grados centígrados. En 1998, el año más caliente y seco del siglo, hubo más de 13 mil incendios en México.

Por otra parte, el aumento en las temperaturas está ocasionando el derretimiento de los casquetes polares y los glaciares. Durante las tres últimas décadas la capa de nieve en el hemisferio norte se ha reducido un 10 por ciento.

Desde 1980 la temperatura anual promedio ha aumentado hasta cuatro grados centígrados en Alaska y Siberia. En algunas partes de Canadá el casquete glaciar se forma dos semanas más tarde que antes y se rompe antes que en años anteriores.

Entre 1961 y 1997 los glaciares de las montañas se han reducido 400 km³. John Michael Wallace, profesor de ciencias de la atmósfera de la Universidad de Washington, ha afirmado: “el derretimiento estival permanente de todo el Ártico podría ocurrir en unas cuantas décadas si prevalecen las tendencias de los últimos 20 años”, y el PICC ha pronosticado un incremento promedio de la temperatura global de 1.5 a 6 grados centígrados para 2100.

Los glaciares están ya desapareciendo en los Alpes, Alaska y el estado de Washington. El Kilimanjaro, la montaña más alta de África, ha perdido 75% de su capa de hielo desde 1912; la totalidad podría desaparecer en un lapso de 15 años.

Por si esto fuera poco, el derretimiento de los glaciares de los Himalayas puede causar el desbordamiento de cientos de lagos con resultados catastróficos. Los glaciares se derriten a una velocidad alarmante por el aumento de un grado

en la temperatura registrado en las últimas tres décadas, incluso en las áreas más elevadas de esas montañas de Asia meridional.

Los lagos del Himalaya alimentan las grandes cuencas hídricas de Asia, de las cuales depende la supervivencia de dos mil millones de personas, y el desbordamiento de sus aguas destruiría todo a su paso. Además, los glaciares derretidos están formando nuevos lagos que no pueden ser contenidos por los contornos naturales.

El cambio climático afecta a todos, pero principalmente a la gente más humilde de los países menos favorecidos. Los ciclones, las inundaciones, las sequías y el aumento en el nivel del mar amenazan con convertir a cada vez más a campesinos, pescadores y comunidades costeras en refugiados ambientales. Perdidas sus casas y sus cosechas, anegadas sus tierras, secos los ríos, ¿qué futuro les espera?

Que el agua sea amenaza para la vida o sustento de ella depende de todos. El esfuerzo debe ser personal y colectivo. Las medidas globales que se proponen son apenas aspirinas para una enfermedad de extrema gravedad. Es preciso cambiar por completo nuestra forma de relacionarnos con la Tierra; entender que no estamos aislados, que lo que cada uno hacemos tiene repercusiones y éstas se suman. En nuestra vida diaria podemos de diversas maneras reducir nuestro consumo de energía, usar el automóvil lo menos posible, proteger nuestros bosques, el suelo, el agua... en fin, todo lo vivo, de lo cual somos sólo parte, y también organizarnos para hacer presión y lograr que los gobiernos y las empresas abusivos actúen con responsabilidad ecológica y entiendan que nos hay un lugar suficientemente lejano como para que los efectos del desastre nos los alcancen a ellos también.

Octubre 2005

¿DESASTRES NATURALES O SOCIALES?

El devastador temblor y el *tsunami* ocurridos en marzo pasado en Japón sólo son el más reciente de una larga lista de desastres que incluyen lluvias torrenciales, inundaciones, inusitadas sequías e incendios que se han presentado en todo el mundo y de los que México no se ha salvado. Parece que las fuerzas de la naturaleza se empeñan en perjudicarnos. ¿Son los huracanes, las sequías o las inundaciones fenómenos exclusivamente naturales?

Se puede decir con razón que los temblores, las lluvias torrenciales o los huracanes son cosas naturales que han ocurrido siempre. Desde tiempo inmemorial, por citar un ejemplo, tormentas tropicales de gran intensidad se originan en los mares cálidos de todo el planeta y varias veces al año, sobre todo entre agosto y octubre, se internan en tierra firme llevando fuertes vientos y mucha humedad. Hay épocas en que los huracanes son más intensos y frecuentes, por razones que los estudiosos todavía no se explican bien pero que han asociado, entre otras cosas, al fenómeno atmosférico conocido como *El Niño*. Sin embargo, actualmente parece innegable que los bruscos cambios climáticos en todo el mundo tienen que ver con las actividades humanas. Cada vez más gente y cada vez más científicos sostienen que lo que ahora padecemos no es sino el catastrófico resultado del maltrato que los humanos hemos dado a la naturaleza.



Pero aun si consideramos que las tormentas o las sequías están por completo fuera de nuestro control, como suelen declarar funcionarios de gobierno luego de algún desastre, sus consecuencias son nuestra responsabilidad directa: un ciclón o un tsunami será mucho más dañino si hemos cortado los manglares y otra vegetación costera que antes actuaba como barrera; un intenso aguacero en un cerro deforestado arrastrará con más facilidad piedras y lodo volviéndolos letales; la crecida de un río se tornará en tragedia cuando previamente, quizá durante años, colonias o pueblos crecieron sin orden ni control cerca de su lecho. Un temblor, en fin, matará más a gente que vive hacinada en precarios hogares, como sucedió no hace mucho en Haití.

Urgen medidas para atender con eficacia a las víctimas de los excesos o la falta de agua y de otros desastres naturales, pero es quizás más importante prevenir las catástrofes por la vía de integrarnos respetuosamente a los ritmos de la naturaleza y abandonar la torpe pretensión de dominarla.

JJC

EL CALENTAMIENTO GLOBAL, SEVERA AMENAZA

Una conversación con Eban Goodstein

El tema del cambio climático, actualmente en boga, es no obstante muy polémico. Las opiniones oscilan desde la negación rotunda hasta el temor visceral. Al respecto hemos querido conocer el punto de vista de Eban Goodstein, economista, autor y educador ambiental muy reconocido por su trabajo en el movimiento de energías limpias y contra el cambio climático y actualmente director del Centro de Política Ambiental del Bard College. Compartimos con nuestros lectores la conversación que sostuvimos con él en 2010, durante una visita a Oaxaca.

Juan José Consejo: *En los términos más sencillos, pensando en la gente común y corriente, ¿qué es el cambio climático?, ¿qué está sucediendo en el planeta?*

Eban Goodstein: La explicación básica del cambio climático es que el bióxido de carbono es un gas que atrapa el calor. En los últimos cien años hemos estado quemando carbón en nuestras plantas de energía y gasolina en nuestros coches; en el proceso hemos producido miles de millones de toneladas de CO₂ y ha formado una “cobija” alrededor de la Tierra que se está haciendo más gruesa, lo que significa un planeta más caliente.

El resultado es que el planeta se ha calentado medio grado centígrado o más en los últimos cien años. La predicción actual es que probablemente durante el lapso de vida de los niños que hoy están en la escuela el mundo se caliente otros 4.5° C. Para poner esta cifra en perspectiva, durante la última glaciación —un período en el cual una gran parte de la Tierra estaba cubierta de cientos de metros de hielo— el mundo era sólo cuatro y medio grados más frío que en la actualidad. Así que nuestros hijos posiblemente enfrentarán durante su vida cambios climáticos globales de

magnitudes de la edad de hielo, sólo que en sentido opuesto. Todo depende, claro, de lo que hagamos en la próxima década.

JJC: *Entonces, ¿qué puede suceder?*

EG: Las consecuencias de un planeta en rápido calentamiento son dramáticas: veremos elevaciones en los niveles de los mares de entre medio metro y dos metros, sequías e inundaciones más intensas, temperaturas y eventos climáticos más extremos... Tendremos retos en la agricultura y el abasto de alimentos, incremento de incendios forestales o de enfermedades y plagas... Cambios de gran escala que serán peores a medida que haya más calor.

Aun si dejáramos de quemar combustibles fósiles hoy mismo, el planeta se calentaría entre medio grado y dos grados. Pero está en nuestras manos qué tanto más caliente se va a poner. Si el planeta se calienta entre dos y dos y medio grados representaría retos para nuestros hijos, pero todavía sería un mundo reconocible. Martin Weitzman, reputado economista de Harvard, dice que si nos situamos en el escenario de la inacción, con un aumento de 4.5 grados estaremos en una biósfera de *terra incognita*, un mundo

que realmente no podríamos reconocer, en términos de los impactos ecológicos. Así que, potencialmente, vamos hacia una gran catástrofe, pero tenemos la habilidad —no es un reto técnico ni económico— de frenar el calentamiento en rangos de 2.5°C, lo que sería un escenario difícil pero manejable.

JJC: *¿Desaparecerían entonces muchas formas de vida?*

EG: Sí, el calentamiento global es una severa amenaza para la biodiversidad. Hacia el fin de siglo será la fuerza principal de la extinción. De nuevo eso depende de lo que hagamos ahora. Si superamos un calentamiento de 2.5 grados, de acuerdo con el Panel Intergubernamental de Cambio Climático estaríamos frente a la extinción de entre 50 y 70 por ciento de todas las especies vivientes que hay ahora en el planeta, exclusivamente por la destrucción de hábitats que ocasionaría el calentamiento global. Obviamente, es necesario no llegar a eso. En escenarios por debajo de 2.5°C tendríamos extinciones a gran escala, pero no de proporciones bíblicas.

JJC: *El comentario obligado ahora es que sabemos que ha habido congresos, reuniones, pero parece que Estados Unidos no apoya estos esfuerzos...*

EB: En la próxima década hay dos 'jugadores' que tienen que entrar a la cancha de los esfuerzos globales: Estados Unidos y China, porque cada uno de ellos contribuye con entre 22 y 23 por ciento de la contaminación al calentamiento global. En EU nos hemos enfrentado a una campaña muy bien financiada por las industrias de los combustibles fósiles, que confunden al público sobre la realidad del calen-

tamiento global, a pesar de que hay consenso de la comunidad científica en que el cambio climático ya está ocurriendo. Esto lo informa un grupo científico tras otro, pero los medios masivos norteamericanos han presentado el asunto como los dichos de unos contra los de otros y dan a los escépticos financiados por la industria un peso similar al de 99 por ciento de la comunidad científica. Eso, combinado con el hecho de que somos adictos a los combustibles fósiles y no queremos oír malas noticias, ha conducido a un estancamiento político. Nuestro sistema político está diseñado de tal modo que se requiere una supermayoría para pasar a la acción. De modo que una minoría bien organizada está bloqueando el cambio en E.U. Es posible que el reciente derrame petrolero en el Golfo de México provea el ímpetu para que este año nos movilizemos.

JJC: *Cambiando un poco la perspectiva de la conversación, quisiera que hablaras de la relación campo-ciudad a la luz del cambio climático.*

EB: El cambio climático va a profundizar los problemas ambientales que ya existen, debidos al incremento poblacional y a la búsqueda de niveles de riqueza y consumo cada vez más altos, dinámicas que suceden en todo el mundo. Al hacer que suban los niveles del mar o incrementar los incendios forestales, el cambio climático va a añadir gravedad a los desafíos que ya tenemos. Esto significa que va a volverse más importante encontrar métodos productivos sustentables que vinculen otra vez lo urbano y lo rural, que mejoren y hagan más resistentes a las economías locales. Contribuir a que la gente del campo se quede en el campo y mantenga formas productivas

centradas en la agricultura y fortalecer las relaciones económicas campo-ciudad para mejorar la salud de las economías locales y regionales, se va a volver muy importante para protegernos de los extremos climáticos que se avecinan.

Vivimos un momento extraordinario de la historia humana, en el sentido de que las decisiones políticas y sociales que tomemos en la próxima década van a tener impactos profundos, y no sólo para nuestras vidas y las de nuestros hijos, sino en realidad para todo ser humano sobre el planeta de aquí al fin de los tiempos. Políticamente están nuestros esfuerzos para aprobar leyes, para sustentar una rápida transición que nos aleje de los combustibles fósiles; socialmente, los cambios que hagamos en la educación y en nuestras propias vidas. Todas esas cosas, si crean un movimiento global, van a tener un gran impacto en el futuro. Es entonces un momento muy interesante y muy humano de vivir. Al comprometernos política y socialmente tenemos la oportunidad de cambiar radicalmente el futuro, de un modo que no tuvo otra generación.

Una cosa más: este año cumplí 50 años —hace dos meses— y doy clases a estudiantes que tienen 20 años. Para cuando ellos tengan 50 —será como el 2040— van a tener que rearmar el planeta entero con energías limpias, rediseñar todas las ciudades del mundo, reimaginar el sistema alimentario global. Hacer todo esto puede proporcionarnos el fundamento para un mundo verdaderamente justo y sustentable. Es realmente inimaginable que fallemos en conseguirlo. Así que hoy en día los jóvenes tienen una verdadera oportunidad histórica de repensar nuestra relación con la tierra y realmente salvar el planeta.

JJC: *¿Es un asunto técnico?*

EB: No hay un problema técnico o económico en los primeros pasos para detener el calentamiento global, es decir, limitar y cortar las emisiones. Sería fácil el trabajo de hacer reducciones los siguientes 15 o 20 años; sabemos hacerlo, tenemos la tecnología y no costaría mucho. Quiero decir que el meollo es la voluntad política. En cambio, los ajustes de segunda generación, cortar las emisiones a 80 o 90 por ciento, requerirían de innovación tecnológica e inversiones en nuevas tecnologías, aunque si empezamos hoy tenemos tiempo, de 15 a 20 años. Podemos disminuir el costo con tecnologías como la solar, el etanol celulósico y otras que ya conocemos y que le permitirán a nuestros hijos conseguir la reducción del siguiente 40 o 50 por ciento. Realmente no es un problema técnico o económico, fundamentalmente es una cuestión de voluntad política.

JJC: *Uno de los lemas del Foro Oaxaqueño del Agua es que tenemos que recuperar el respeto al agua. ¿Qué piensas de esto?, ¿tiene algo que ver con el cambio climático?*

EB: Si, en realidad el respeto al agua surgirá globalmente cuando la gente comience a enfrentarse con el cambio climático. Damos el agua por segura y muchos de nosotros ni siquiera sabemos de dónde viene. Como el calentamiento global comienza a causar eventos climáticos más extremos, con mayores tormentas y mayores sequías, pienso que veremos un aumento de la conciencia global sobre el agua. Algo que he aprendido desde mi llegada a Oaxaca es el concepto de “agua lenta”, nunca antes lo había escuchado y es una idea clave. Considero que la gente

llegará a apreciar cada vez más la importancia del “agua lenta” en el mundo, ya que el calentamiento global acelera los trastornos del agua rápida en ambientes naturales.

JJC: *Entre las políticas que impulsamos en el FOA está el principio de que el agua es limitada y también sagrada, ¿qué piensas de esto?*

EB: Estoy de acuerdo en que el agua es limitada y sagrada. Pienso que una ilustración dramática de eso es lo que ocurrió con la fuga de petróleo en el Golfo de México. Vemos las imágenes de una inmensa masa de agua cubierta de petróleo en cientos de kilómetros; imágenes de buceadores de enormes nubes de petróleo mezclado con el agua. Creo que estas imágenes nos ofenden a todos porque tenemos la idea que el agua debe ser algo puro. En el futuro próximo, como la gente estará al límite en algo tan básico como el agua, habrá un resurgimiento de su sentido sagrado.

JJC: *¿Qué ideas puedes compartir con quienes estamos empeñados en repensar nuestra relación con el agua?*

EB: Pienso que lo que está ocurriendo en Oaxaca es de alguna forma único en el mundo, y realmente sugiere la orientación que muchos de nosotros tomaremos. Tenemos que ir en el sentido que el Foro Oaxaqueño del Agua ha creado aquí. Ustedes viven en un área donde tienen que enfrentarse a la escasez de agua potable y lo han hecho de una forma muy interesante: lograr que los involucrados de la región de los Valles Centrales se junten y se sienten para repensar la relación con el agua, y ser pioneros en



las nuevas formas de satisfacer las necesidades de la gente, aprovechar el agua de la cuenca en lugar de buscarla afuera. Creo que este tipo de localización en el abastecimiento de agua y trabajar colectivamente para resolver los problemas es un modelo importante para el resto del mundo.

JJC: *¿Tienes algún comentario final para esta breve pero interesante conversación?*

EB: Trabajo con jóvenes que están estudiando lo ambiental y pienso que en muchos sentidos hemos ido más allá de “el ambiente” como una categoría, cuando se trata del agua o del cambio climático. Hoy es claro que las dos esferas no están separadas, no hay tal cosa como la naturaleza por un lado y por otro la sociedad. Tenemos que reconocer que hay una relación entre los humanos y esos recursos, como el agua o la descarga de CO₂, y no podemos ignorarla, tenemos que reconocer los medios que permitan que la gente utilice productivamente esos recursos en su vida; será cosa de reconocer los límites y trabajar creativamente dentro de esos límites para mejorar la sociedad.